

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
 Por tres meses. 6 reales.
 Por un año. 24 »
 La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: **LOUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS

Por tres meses en la Admon. 8 reales.
 Por un año. 30 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. 16 »
 ULTRAMAR.—Un año. 4 pesos.

Se publica todos los domingos.

Número suelto, DOS cuartos en toda España.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más

Dibujante: **JOSE LUIS FELLICER.**

Crónica.

Si tiene el lector conocimiento de la carta de don Atanasio Rojo Arias sobre Sagasta y de la pregunta del Sr. Moreno Rodríguez á Sagasta sobre dos millones, ya no dudará un momento que se pueda ser muy ministro y muy desgraciado.

¡Qué carta, Dios de Israel! ¡Y qué pregunta, Dios de Dios!

La suscripción de Alcira levanta con insistencia su estridente voz en aquel armonizado concierto de increpaciones con sonido penetrante y metálico, á semejanza del cornetín en el coro de acusación con que termina el primer acto de *Lucrezia Borgia*.

Esto en la carta de Rojo Arias.

Los dos millones extraídos sin rumor de las Cajas de Ultramar, sin previo expediente y con un objeto tan deshonesto que no pudo mostrarse en público, aquellos dos millones sonaron con repentinó estrépito en la pregunta de Moreno Rodríguez; sonaron con apagado rumor, como agitados dentro de un cóstal, en la respuesta del ministro de Ultramar; sonaron como esquilones hendidos en las palabras de Romero Robledo; sonaron como chinoscos en la proposición y el discurso de Moreno Rodríguez, y sonaron como lúgubre tañido de campana mortuoria en los votos de la mayoría, que con el negro manto de la impunidad envolvió al ministro para que escapara del peligro sin pasar por el Código penal.

Indudablemente ¡y yo no lo creía! indudablemente hay espinas en el banco de los ministros; sí: hay espinas, y huesos, y piltrafas, y manchas de grasa; que todo esto se encuentra donde se come mucho y no limpiamente.

El Sr. Gándara fué al Senado, según dijo él mismo, no á pedir, sino á tomarse satisfacciones.

Su forzada dimisión, la fórmula en que se le dijo que la había presentado, la connivencia antipatriótica que con los radicales se le suponía, todo salió en aquella colada.

Las aguas turbias van cayendo sobre la nación desde las alturas de la monarquía española, que tendrá que dar la bandera... á la lavandera.

Los diputados de la mayoría, cansados y lastimados de tanta pregunta y proposición, desean limitar el tiempo destinado á estos maquiavélicos recursos de las oposiciones.

Ellos dicen: el tiempo es dinero; el dinero se ha de perder; si también perdemos el tiempo, incurrimos en un pleonasma cronológico, numismático y parlamentario.

¿A qué han venido á Madrid? A salvar la patria; nada más, y ya dijo el poeta:

La patria del calamar son los brazos del gobierno.

Después de la perniciosa carta del Sr. Arias, y de la funesta explicación del Sr. Gándara, y de la proposición del Sr. Moreno Rodríguez, que en París se califica de abracadabrante, ha levantado pendones de oposición el Sr. Laffitte.

Después ha venido un proyecto de presupuestos, que es una especie de bloqueo puesto á todos los Lolillos.

Después las acusaciones contra los gobernadores por su intervención en la contienda electoral.

Después vendrá Serrano...

¡Serrano, que el jueves por la mañana debía ganar una batalla, según predicción de todos los astrólogos unionistas, y desde el campo del honor, coronado de laureles, habría venido á Madrid á poner en práctica desde el banco ministerial aquel programa de gobierno bordado por Navarro y Rodrigo!

La batalla no se dió; el general no volvió. Los faciosos esperaban la acometida; nuestro ejército no se meneaba; corrían las pagas, y á esto los unionistas lo llamaban ganar tiempo.

Para que se vea que, aun contrariados, siempre van ganando algo.

La minoría republicana no se ha retirado del Congreso.

El Directorio no ha dado el grito de guerra.

¡Y dirán que no tiene espinas el mando!

¿Qué más espinas que tener en la Cámara una minoría que en vez de justificar gastos secretos y suspensiones de garantías, sale á escandalizar á Europa con los dos millones y se aferra maquiavélicamente á la legalidad?

¡Ni siquiera los cimbríos se retraen!

¡Ni siquiera se han dado voces subversivas en San Isidro! ¡Ni siquiera fué el petróleo la causa del incendio de las barracas!

¡Ni siquiera hubo en la ermita, ni detrás de ella, ni en sus alrededores grupos de hombres sospechosos á quienes se pudiera prender y encontrarles en los bolsillos papeles importantes!

El gobierno actual es uno de los más dignos de historia.

No puede echar mano á un par de millones sin que se le descubra en seguida.

No halla un miserable pretexto con que justificar la suspensión de garantías en Cataluña, á pesar de los esfuerzos de aquellas autoridades.

No encuentra medio para separar la fecha de la sustracción de los millones de la fecha electoral.

No encuentra un filibustero de carne y hueso, y tiene que elaborarlos de continuo, porque los que él hace se desvanecen en seguida y no le salen bastante feos para que espanten al público infantil que le contempla...

¡Oh poder amargo! ¿Quién te desea...? ¿Quién? Amadeo, Alfonso, Carlos, Montpensier, Isabel, Sagasta, Serrano, Caballero de Rodas, los brigadie-

res A. B. C., los coroneles D. E. F., los escribientes G. H. I., los clérigos, los horteras, los afiladores: todo el mundo lo desea.

Ergo, todavía hay dinero en España.

Roberto Robert.

LOS DOS MILLONES.

Hace poco existían en la Caja de Ultramar.

Su vida era como la de los protagonistas de algunas novelas: modesta, pero honrada.

Habían nacido en el bolsillo de los contribuyentes, y consecuentes con su origen, solo ambicionaban ser útiles á los que les dieron el sér.

Pero un día...

(Aquí debía yo detenerme para hacer unas cuantas consideraciones contra la ingratitud, pero no tengo tiempo).

Pero un día ¡ah! los dos millones, embozados, achantaditos, bajaron por la calle de la Montera, atravesaron la Puerta del Sol, entraron en el ministerio de la Gobernación y... se perdieron en la sombra.

Es decir, en la sombra precisamente, no; se perdieron, pero no se sabe cómo, ni cuándo, ni dónde.

Un diputado alto, andaluz, federal y severo ha querido tratarlos sin consideración, palmetearlos como un domine palmeteá á sus chicos, hacer en ellos un ejemplar castigo, y los ha llamado, los ha buscado, ha preguntado por ellos á todo el mundo, y cuando ya los tenía cerca, cuando ya creía distinguirlos, cuando ya había alzado con furia las disciplinas... unas personas caritativas, enemigas de la flagelación y compasivas á más no poder, se han interpuesto entre el severo juez y los pobres criminales, y le han dicho:

«¡Vaya! ¡déjelos Vd.! ¡pobrecillos! ¡Si son dos millones inocentes! ¡si no lo volverán á hacer! ¡ellos qué saben lo que se hacen! Vamos, ¡haya perdón!»

Pero hay padres que más bien que padres parecen verdugos y el Sr. Moreno Rodríguez... ¡dispéñeme! pero en esta ocasión se ha portado muy tercamente, ¡caramba!

Porque bueno es que cuando dos jóvenes como esos milloneros abandonan el hogar paterno para entregarse á la crápula y al vicio, bueno es, digo, que se les corrija, que se les castigue, que se les haga conocer su delito; pero, hombre, cuando personas tan formales como los ministros de la nación interceden por ellos, preciso es otorgarles el perdón, no por los millones, que ya se sabe que no lo merecen, sino por los señores ministros, que se merecen eso y mucho más.

Pero el Sr. Moreno Rodríguez, el terco, el testarudo, el intransigente, el federal (y dicho está todo) Sr. Moreno Rodríguez, ha alborotado la vecindad, ha escandalizado el barrio gritando:

«¡Que vengan esos dos millones! ¡que salgan esos dos millones! ¡que se sepa dónde están! ¡que se diga dónde han ido! ¡vengan acá sus documentos!»

Hasta que 135 personas amantes del orden, la paz y el sosiego han tenido que intervenir diciendo: «¡Ea! Pues ahora ni millones, ni averiguación, ni documentos. ¡Se acabó!»

Le está bien empleado al Sr. Moreno Rodriguez. ¡Justo castigo á su perversidad! ¡Viva la libertad!

Después de todo no veo yo motivo para tomar á los dos millones la tirria que el Sr. Moreno Rodriguez los ha tomado, ni es razón bastante que ese señor diputado sea contribuyente y tenga por ello interés en saber qué ha sido de los millones.

Perdidos no están, y aunque se hubieran invertido en comprar electores, actas electorales, vino electoral y otras elegibilidades, ¿no están bien empleados en adquirir una mayoría cariñosa tan defensora del débil, que en cuanto ve á dos infelices millones comprometidos los cubre con su cuerpo para que nadie les haga daño?

¡Bien hayan los millones, que saben elegir diputados con mejor acierto que los ciudadanos!

Y en fin, yo debo decir al Sr. Moreno Rodriguez lo que al ministro de Fomento se le olvidó decirle:

«Y por último, Sr. Moreno, si Vds. con sus predicaciones exageradas y sus desmoralizadas doctrinas no quebrantaran los lazos de la familia y no perturbaran la sociedad, no se daría el caso de que esos dos millones, antes pacíficos y honrados muchachos, hubieran hoy emprendido una senda truhanesca y deshonesta; ¿qué viene Vd. entonces á preguntar al gobierno por esos dos millones? Eso... á los lázaros.»

¡Chúpate esa y vuelve por otra!

M. Matoses.

¿DÓNDE ESTÁS?

I.

He subido á la montaña un día de tempestad, y mi voz por tí he mezclado á la voz del huracán; he bajado al hondo valle, donde un arroyo al pasar murmuraba, como suele, sin responder á mi afán; en la aldea he preguntado, nadie te ha visto pasar; ¿qué es de tu vida, amor mío? ¿Dónde estás?

II.

Una pastora navarra, sentada en un peñasal, dice que te vió ayer tarde con el sable de papá.
—Dáme sus señas, la dije.
—Es alto como un jayán, lleva zamarra y un sable que le arrastra por detrás...
—¡Oh! ¡No prosigas! ¡El mismo!
¿Reparaste en su ademán? le pregunté á la pastora; ¿no era el de un rey sin catar? Y respondió la muchacha:
—Si he de decir la verdad, parecía un saltamonte cuando arrecia el temporal.
—Pastora, tú no has nacido digna de mirar la faz á ese retoño de príncipe que huyendo al escape va. Mas yo, que en el alma llevo diez arrobos de lealtad, por caminos y por montes su rastro he de oírte, que si á él alas le da el miedo, á mí el amor me las da, y así pregunto:—Rey mío, ¿dónde estás?

III.

¡Dios, que á los reyes protege para nuestro bien, sabrá dónde á estas horas se encuentra tu escapada majestad! Desde aquel momento horrible que yo no puedo olvidar; cuando el cañon de Oroquieta te dió el susto colosal, ni en el monte, ni en el valle, ni en el campo y la ciudad he podido dar contigo buscándote sin cesar.
¿Estás en cama? ¿Te sigue aun el retintín tenaz de las balas descortezes que ambos sentimos silbar? ¡Despierta, rey! Quince días lo menos pasaron ya, quince días que te busco; ¿dónde estás?

IV.

Que estás en sitio seguro no puedo dudarlo ya; que las partidas no han vuelto á verte, pura verdad; que has pasado la frontera nadie negarlo osará.
¡Ay! tu gloria fué un relámpago que en Vera empezó á brillar, y luego empezó á correr tu gloria con fuerza tal, que aun se ignora si has parado ó si caminando estás.
¡Tristes ojos los que vieron ayer tu entrada triunfal, y el besamanos recuerdan, y hoy ni te pueden mirar!
¡Quién te oyó decir: «Muy breve nuestra campaña será!» y tan breve, dueño mío; de dos días nada más; llegar, correr y esconderse; ¿quieres tú más brevedad? Por eso me desespero, por eso vivo sin paz, por eso lanzo suspiros, y por eso sin parar hoy te busco y no te encuentro; ¿dónde estás?

Luis Rivera.

LA SEMANA DEL RADICAL.

Lunes.

—¿Dónde va Vd.?
—A la Tertulia.
—¿Hay reunion?
—Sí; dicen que asistirá D. Manuel y que se pronunciarán discursos.
—¿Hay ya tema elegido?
—Sí, señor: «Sobre la bondad de las ideas del partido.»
—¡Ah! ¡Es un gran asunto!

Martes.

—Con que... ¿crisis?
—Eso dicen: crisis.
—¡Buena está la cosa! ¡buena! ¡buena!
—¡Oh! Crea Vd. que el país necesita salir de este estado de inquietud, de alarma, de agitacion...
—Tiene Vd. razón.
—Aquí hace falta un hombre liberal y honrado, pero que sea enérgico y que afiance para siempre el régimen...
—¡Ah! D. Manuel, si hubieran dejado á D. Manuel gobernar...
—Eso pienso decir yo esta noche.
—¿Dónde?
—En la Tertulia: hoy tenemos reunion para discutir acerca «de la bondad de las ideas del partido.»

Miércoles.

Un periódico.—«En el salon de conferencias se decía esta tarde con cierto carácter de verosimilitud que S. M. había llamado, ó queria llamar, ó debía llamar, ó llamaría si quisiera, á D. Manuel Ruiz Zorrilla para consultarle acerca del estado político del país y de la solución que ha de darse á la crisis.»
Otro periódico.—«A consecuencia de la crisis se ha suspendido la reunion que debía celebrarse hoy en la Tertulia para discutir acerca «de la bondad de las ideas del partido.»

Jués.

—¡Qué le han de llamar, hombre, qué le han de llamar!
—Pues ¿no decían que...?
—¡Decían! Yo lo creo. Si yo lo he dicho ya. Esa ingratitud se debe castigar con la fuerza, y así verán que no somos tan impotentes como se presume.
—Muy fuerte está Vd. hoy.
—Y con razón, hombre; el partido está ya cansado, desengañado, resentido, furioso.
—Y ¿qué piensan Vds. hacer?
—¡Ah! Esta noche nos reunimos para hablar de «la bondad de las ideas del partido.» Y... ¡ya verá Vd.!

Viernes.

—El odio popular está á punto de estallar...
—¡Qué dice Vd.!

—Que hay agitacion en los barrios bajos; el gobierno toma precauciones; la tropa está sobre las armas; se cierran las tiendas; ¡qué sé yo!

—¿Sí? Pues ¡corramos!

—Corramos; pero ¿dónde?

—A la Tertulia.

—¿A qué?

—A pedir que haya sesion extraordinaria para «tratar de la bondad de las ideas del partido.»

Sábado.

—¿Está D. Lucas?

—Sí, señor.

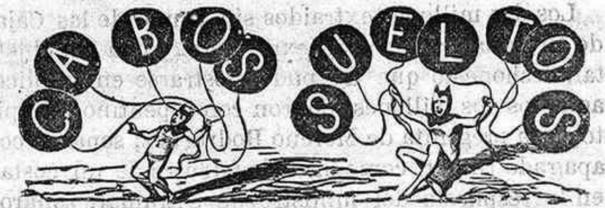
—Pues haga Vd. el favor de decirle que venga corriendo á su casa, que hay fuego, que su señora se ha desmayado y corre peligro su vida, y que uno de los niños se ha perdido.

(El criado va y vuelve.)

—Dice que le diga á Vd. que ahora no puede, que hay sesion importante, en que se está tratando «de la bondad de las ideas del partido,» y hasta que se levante la sesion...

Domingo.

«Querido Roque: Aprovecho un momento que tengo hoy libre para enviarte estas cuatro letras. Todo va bien; nuestro partido es el más formal de todos, y espero que no ha de tardar el día en que demos á este desgraciado país lo que tanto necesita. Trabajamos mucho y con buen resultado. En fin, ¡qué te diré! toda la semana hemos estado discutiendo acerca «de la bondad de las ideas del partido.» Lo ménos van pronunciados hasta la fecha sus doscientos discursos sobre el citado tema. ¿Qué tal? Pedir más sería gollería. En fin, tengamos esperanza; porque si esta vez salió mal, la otra saldrá mejor. Hasta entonces... discutamos acerca «de la bondad de las ideas del partido.»—Te abraza y saluda tu afectísimo,
Jorge.»



D. Carlos escribió á su esposa diciéndole: «El giro que toma el asunto es excelente.»

Supongo que la carta estará tomada de alguno de esos prontuarios epistolares, y esa frase se habrá escabullido sin poderlo remediar.

Esto es lo que se llama «escribir cartas al estilo moderno.»



Se ha formado en Madrid un batallon franco; ¡qué alegría!

Se han mandado disolver los batallones francos; ¡qué alegría! digo, no; ¡qué pena! ¡hasta la franqueza disuelven!



¡Qué barbaridad!

La comision francesa encargada de informar sobre la capitulacion de plazas fuertes ha declarado «que el mariscal Bazaine faltó á las leyes del deber y del honor.»

¿Un general monárquico hacer eso? ¡Imposible!

Como antes no me demuestren que Bazaine es republicano no lo creo.

El pudor monárquico me lo exige así.



El general carlista Rada desea que se publique un manifiesto delatando á las personas que hayan contraído compromisos con su partido y después hayan faltado á su palabra.

¡Ay, Dios mío, cómo van á quedar algunos de quienes yo sospecho!

Pero no, que no se publique ese documento, señor Rada; tenga Vd. en cuenta que algunos necesitan su destino para vivir.



El papa ha bendecido á España, deseándola mil prosperidades.

—¿Con qué motivo?

—Con el de haberle presentado una Asociacion de católicos cierta suma recaudada para sus tribulaciones.



¡Voto á...! El manifiesto del Directorio republicano no le ha gustado á *La Iberia*.

Pero ¿se puede saber en qué está pensando el señor Pí? Ya voy yo creyendo en que ese señor está vendido á los federales, puesto que no da gusto á *La Iberia*.

Estoy esperando que un día de estos exclame mi querido colega en un arranque de entusiasmo: «Y bien, ¿quién es el Sr. Pí?»

*

Ahora parece que D. Carlos se nos ha perdido. Ni aun anunciado por la prensa y ofrecido un halazgo se ha podido dar con él.

Por fortuna los patrones de rey bobo han quedado en casa y no nos será difícil hacernos otro pretendiente nuevo.

*

Ha llegado á nuestras manos un papelito... Es la hoja impresa que salió á luz en Utrera con motivo de las últimas elecciones.

No sucedió más que esto: repartir cédulas solo á los amigos del gobierno; negarse las duplicadas á los electores que no las habían recibido; retardar la fijación de las listas; arrojar del colegio á los electores independientes; encarcelar á los que no querían irse; constituir secretamente mesas; adelantar el reloj, haciéndole dar las doce á las nueve; secuestrar electores y tener fuerza armada á las puertas de los colegios.

Así se hizo la elección. ¡Y á estas horas debe de haber en la Cámara algún individuo que se siente y vote como representante de Utrera!

Y votará en favor del silencio sobre la inversión de los dos millones.

Y hará bien si parte de ellos se empleó en sacarle diputado.

*

—Diga Vd., ¿qué ha sido eso de los dos millones trasconejados?

—Ha sido una mera distracción...

—¿Cómo?

—Distracción de fondos le llama el Código penal en su art. 408. ¿Sabré yo lo que me digo?

*

El proyecto de reforma constitucional ha sido desechado por los suizos de Suiza.

En cambio los suizos de España no desean otra cosa.

*

Un forastero, algo corto de vista, entró días pasados en una piadosa oficina pública, se desabrochó, se quitó la corbata y en medio del asombro general pidió que le tomasen la medida.

El desdichado había leído en el rótulo de la casa:

Camisería de Santos Lugares.

*

Unos vecinos de Madrid, que dicen vivir en la calle de Campomanes, se quejan de no tener alumbrado, ni empedrado, ni agua, ni vigilancia, ni policía urbana.

Pues son unos falsarios, porque donde no hay esas cosas no hay calle.

*

El lunes estuvo en palacio el señor marqués de Sardoal.

¿De qué hablaría con el rey? Pudo hablarle de un millón de cosas y de dos millones de reales.

*

Leo en *La Correspondencia*: «El celoso alcaide del Saladero...» Respetemos la vida privada.

*

El gobierno trata de separar á los empleados que no le son adictos. ¡Después de las tracamundanas electorales...! Me relameré leyendo cesantías.

*

Un paletó me decía ayer: «Pues todo lo que hace Sagasta es justo: ¿no le condenaron á muerte por culpa de la libertad? Pues hace bien, ya que manda, en condenar á la libertad á pena de muerte.»

*

Se sabe de cierto, y por confesión espontánea, que á un diputado lázaro le llega á la boca la cebada de su pueblo.

—¡Qué gran desgracia!

—¿Para él?

—No, para la cebada.

*

—La insurrección carlista toca á...
—¡Calle Vd. por Dios! No me asuste Vd., que esa música es peor que aquel «Himno á la guerra de Africa:»

Guerra, guerra al infiel marroquí.

*

El Banco de Castilla se queja también de los presupuestos.

Pues ¿qué quería Vd., señorito? ¿Que los presupuestos gustaran á todos?

¡Gracias que le gusten al ministro!

*

Un librito ligero, suave, humorístico, que levanta ronchas y no hace sangre; que hace sonreír y no á expensas de la virtud ni de la verdad, y que además lleva un prólogo de Benito Pérez Galdos, debe ser digno de alguna atención, ¿no es verdad?

Pues este libro existe: se llama *Estereoscópio social*, y lo ha escrito un diácono de Apolo que se empeña en sostener el brillo de su apellido, so pretexto de llamarse José Alcalá Galiano.

Concedemos indulgencia para seis necesidades á todo el que lea con gusto el *Estereoscópio*, con lo cual dará una muestra de entendido.

*

Extrañan algunos que sean carlistas los frailes españoles de Roma y su prior embajador del Terso.

¡Pues si es lo más natural!
Yo lo que extrañaría es que fueran republicanos.

*

Un senador monárquico ha escrito un libro ó folleto sobre la República federal.

Le gusta mucho á *La Iberia*, con lo cual se prueba que no está escrito para los republicanos.

*

Lo primero que piden los curas que mandan partidas es el dinero de la Santa Cruzada.

Esto es lo primero; lo segundo es tomarlo.

*

—¿Está el señor cura?

—¿Qué se le ofrece á Vd.?

—Que venga á ayudar á bien morir al boticario.

—No puede porque en este momento está ayudando á bien fusilar á un liberal que cogió esta mañana con su partida.

*

Con qué regrencia pregunta *La Iberia* al Sr. Moreno Rodríguez, que se ha ocupado de los dos millones de Ultramar:

—¿Qué servicio ha hecho al país con esa discusión? Ninguno, prenda, ninguno: el país estaba ya servido.

*

No puedo escaparme de *La Correspondencia*. Dice que han sido presos unos sujetos portadores de objetos meramente sospechosos, entre cuyos objetos menciona veintiuna llaves ganzúas.

¿Sospechosas nada más veintiuna ganzúas...? Ya sé. Es para atenuar lo de los dos millones.

*

En Béjar un capellan castrense ha dado voces subversivas contra D. Amadeo.

¡Necio! Contra D. Amadeo no dan voces los que lo han de derribar.

Hablan bajito, por el telégrafo y en cifra.

*

El Sr. Ríos Rosas ha obsequiado con pasteles á los individuos de la tribuna de la prensa del Congreso.

De aquella tribuna los echó con siete estruendosos adjetivos el mismo Sr. Ríos Rosas siendo presidente del Congreso y reinando doña Isabel II.

*

Han llegado á Madrid dos Arderius.

El bufo para asuntos de la zarzuela sería; el gobernador para asuntos de política bufa.

*

Ya hay en Paris otro D. Salustiano para arreglar no sé qué asuntos del Tesoro español.

¡Y va de Salustianos!

Ya puede corregirse la copla diciéndose:

Las Marías son muy frías,
y de puros celos, rabian;
los Salustianos *arreglan*
nuestros asuntos en Francia...

El *arreglan* me parece ripio.

*

Los periódicos ministeriales reconocen por fin el raquitismo del partido conservador y hablan ya de *deserciones*, *divergencias*, etc., etc.

¡Qué lástima! ¡Un partido tan joven, tan infantil! ¡Caramba! se me ocurre una cosa. ¿Por qué no le vacunan, á ver si así...?

Pero vacunado y todo, ¿quién puede asegurar que al caer de un piso tercero no se estampará los sesos? ¡Oh! los chicos dan mucho que hacer.

*

Dicen que el gobierno va á separar de sus destinos á todos los empleados de la nación que no le sean adictos.

Quiere decir que medio ministerio declarará cesante al otro medio; porque...

También soy yo cándido. ¿Pues no iba á decir el por qué?

*

Parece que esta semana se ha tratado en Consejo de ministros sobre las medidas que podrían adoptarse contra los periódicos de oposición.

En esto no nos ganan por la mano. Hace tiempo que los periódicos de oposición tenemos tomadas medidas contra el gobierno.

Y no nos va mal.

*

Yo sé, cuando un caballo desbocado pasa cerca de mí, dónde caerá; pero nunca sabré dónde han parado los dos ricos millones de Ultramar.

*

La Correspondencia opina que la desaparición de D. Carlos puede llamarse misteriosa.

La desaparición de los dos millones no expresa cómo puede llamarse.

*

Ya me figuro estar leyendo un número de *La Correspondencia* de lo porvenir, que aludiendo á lo presente dirá replicando á algún diario de oposición: «...A lo menos hoy no se evaporan los millones de dos en dos, ni vienen protestadas de golpe cantidades de veintiocho mil duros, como en otros tiempos que el colega ensalza por lo morales y florecientes.» ¡Vaya si lo dirá!

Solucion á la Charada del número anterior:

OROQUIETA.

CHARADA.

Nota musical mi *prima*, si la unes á la *segunda* te da un verbo que en el pecho placer ó pena te anuncia. La *tercera* y la *primera* mucho á las mujeres gusta, y la *segunda* con *prima* mucho entre la tropa se usa. El *todo* era calamar y ayer sacudió las pulgas; si digo más lo declaro; ¡silencio...! Soy una tumba.

(La solución en el número próximo.)

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO.

NO MAS CABELLO BLANCO.

POMADA REGENERADORA.

Única composición que devuelve al cabello blanco su primitivo color rubio, castaño ó negro, sin ninguna preparación y sin manchar.

Depósitos en Madrid: Puerta del Sol, núm. 5, portería; Concepción Gerónima, 18; Atocha, 87.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.